

debía su importancia á la circunstancia de residir la corte cerca de estos dos templos, por cuya razon el rey tomaba parte en las fiestas de los dioses de Menfis y los sumos sacerdotes pudieron alabarse «de subir en la barca Utesnutru (la barca del rey) y de entrar en el sendero de la corte en todas las procesiones solemnes (1).» Tenían además la misión especial de preparar artísticamente y adornar con inscripciones las piedras planas para los sepulcros que se extraían de las canteras de piedra caliza de Ro'au (en griego Troya, hoy Turra) en la cordillera arábiga ('Aian, Lepsius, *Mon.*, II, 37 b. 9), delante de Menfis (2). Por esto usaban el título honoroso de «grandes presidentes de los canteros» (artífice supremo) y en sus inscripciones se alaban de haber sido «amables con ellos.» Estos últimos eran, algunas veces, designados con el nombre de «trabajadores del templo.»

CAPITULO VI

LA RELIGION DEL IMPERIO Y LAS DIVINIDADES DE LA LUZ

El nuevo Estado exigía una expresión adecuada en la teología: á un solo rey que mandaba sobre todos los distritos y á cuyas órdenes estaba sometido todo el mundo conocido, debía corresponder necesariamente un solo Dios que estuviese muy por encima de la pléyade de divinidades locales. De esta suerte, Ra y Horo, los dos dioses solares, llegaron á ser las divinidades nacionales del Egipto: el primero es el rey mas antiguo de la tierra y gobierna actualmente el mundo desde el cielo; el segundo es su vigoroso hijo, que, como vimos, se manifiesta en cada soberano «hijo de Ra» de la misma manera que otras divinidades se manifiestan en sus animales sagrados. Por esto Ra es objeto de un culto oficial en la capital que va anejo á los obeliscos, construidos por el rey en honor de Dios y formados por una sola piedra muy alta y terminada en punta que está asentada sobre una an-

cha basa (). Cualquiera que fuese el significado que en su origen pudieron haber tenido, lo cierto es que en tiempos posteriores nadie ha podido explicarlo; sospecho que no son sino los *masebes* de los cananeos, ó muy parecidos á ellos (3), es decir, unos bloques de piedra en los cuales se manifiesta la divinidad, muy semejantes á los que hemos visto hablando del culto de Amsi, con la sola diferencia de que en Egipto estos monumentos dedicados al dios tutelar de todo aquel floreciente imperio, tenían grandes dimensiones y afectaban formas artísticas. Cada uno de estos obeliscos tenía su nombre especial y un sacerdocio, con un presidente al frente, compuesto de «servidores de Dios» y de «puros.» Así, por ejemplo, encontramos sacerdotes de Ra en el obelisco de Schopuabre («elegido del corazón de Ra») (4), en el obelisco de Sepre, en el de Astabre' (residencia del corazón de Ra), en el de Chutre' (horizonte de Ra), etc.

(1) Véase mas adelante.

(2) Véanse las interesantes inscripciones de Mariette: *Mast.*, D 12 (mas adelante) y Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 37. La extracción de las piedras incumbía al tesoro de Dios (inscripción de Una, línea 5), que también menciona Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 37.

(3) Véase el dibujo en la *Historia de Israel*, de Stade.

(4) La base de estos obeliscos se ha de reconocer en los restos de la pirámide de Riga, al Norte de Abusir? Segun Perring, el monumento se componía de dos cuerpos unidos, de los cuales el inferior era perpendicular como una mastal a y el superior afectaba la forma común de las pirámides. En un bloque de piedra encontró Perring una relación del

rey Ra'enufer, y en otra los signos que son el nombre del citado obelisco.

Junto á éste, era adorado Horo en la capital. Encontramos sacerdotes «de Horo en palacio,» «de Horo en el horizonte,» etc.; muchas veces este dios está representado como la diosa Nechebt como un gavián con el sello del Faraon en las garras, ó en forma de un disco solar con alas, flotando encima del soberano. La inscripción que le acompaña le designa como dios de Edfú: el culto de este distrito ha servido de punto de partida á esta opinión. Hasta qué punto es éste el dios nacional, lo demuestra el hecho de que muchas veces para expresar la palabra Dios se emplea el signo

del gavián que también se pone como determinante tras del nombre de la divinidad.

Ra y Horo están íntimamente relacionados: ambos se denominan «dioses del horizonte» (5) en el cual nacen cada día; ambos combaten y vencen á los poderes de las tinieblas — Ra á los rebeldes contra su soberanía y á la mala serpiente 'Apop, y Horo á su hermano Set; — ambos son soberanos poderosos que llaman á la vida á todos los seres. Sin embargo, no son idénticos y están completamente separados no solo en el culto sino también en la idea. Ra es el soberano eterno, inaccesible, que por medio del brillo del sol puede ejercer una influencia terrible pero también benéfica. Horo está mas cerca de los hombres; es el dios joven que siempre nace de nuevo para luchar y vencer. No se le puede concebir sin su hermano gemelo Set, ó Sutech, como se le llama en el Bajo Egipto, que es el poder de las tinieblas, que siempre resulta vencido, que, mutilado por Horo en la lucha, se levanta siempre para luchar de nuevo, y que, á pesar de sus derrotas, es un dios poderoso y temible para los hombres. Como enemigo del nacional, es señor del extranjero, del enemigo, del desierto y del mar, el dios de la esterilidad y de la aridez, en oposición al dios bienhechor de la luz. Por esto ambos adversarios acabaron por reconciliarse y repartirse el mundo, obteniendo Horo el Egipto y Set el territorio «rojo» del desierto. Para asegurarse el bienestar en la tierra y después de la muerte, es preciso que Set sea tan propicio al hombre y le dispense su protección como el mismo Horo — estas dos divinidades juntas forman la primera noción de todo poder. — Por eso el rey lleva el título de «Horo y Set,» y una leyenda, que sin embargo está en contradicción con la idea mas correcta há poco mencionada, refiere que los dos adversarios se distribuyeron la soberanía de Egipto.

De la misma manera que Horo tiene un culto en muchos distritos, especialmente en Edfú (siendo muy probable que de divinidad local pasara á ser dios solar) (6), lo tiene también Set. Los puntos en que se le rinde culto están naturalmente situados en los distritos fronterizos, cuyas poblaciones no pertenecen por regla general á la nacionalidad egipcia; pueden citarse entre ellos Ombos, en la frontera nubia, donde lleva el título de «señor del país del Sur;» y en el delta

(5) Ra'chuti ó Ra'mchuti

y Harchuti: ambos están, en el Antiguo imperio, completamente separados, pero después se confundieron formando la unidad Ra'Harmchuti (Harmachis) que por una equivocación es designada como «Ra de Horo en los dos horizontes (del Este y del Oeste).»

(6) Considero muy digno de ser tenido en cuenta el hecho de que el sacerdocio de Edfú hizo de su dios local, representado por un gavián, un dios solar, á consecuencia del desenvolvimiento de la mitología y de la teología. Esta transformación se realizó en tiempos muy antiguos. Lo propio aconteció después con el Horo de Hebenu, Sechem, etc., y con el Harsupd, adorado en el Delta oriental. El dios local no llevó, en todas partes, desde un principio, el nombre de Horo, antes bien se le identificó con el Horo-sol, de la propia manera que el sacerdocio de Busiris encontró á Osiris en su columna Ded.

oriental, el oasis de Fayum, unido desde antiguo con el valle del Nilo, en el cual tiene su templo. Se le representa bajo la forma de un animal fabuloso con la boca puntiaguda, orejas

de asno y cola larga y enhiesta . El hipopótamo y el cerdo y también la cabra son los animales cuya forma adopta. Es muy probable que el sér poderoso y pérfido á quien en estos lugares se veneraba junto al dios cocodrilo Sebak — muy distinto de Set, contado en el sistema teológico entre los dioses de la luz y después colocado á la misma altura que Ra — nada tenga que ver, por su origen, con el adversario mítico de Horo, sino que sea un dios de procedencia extranjera á quien se identificó con el último. El mismo hecho de llevar dos nombres, Set y Sutech — este último era el mas usado en el Delta, — demuestra que hubo una fusión de cultos locales.

Con el perfeccionamiento del culto del sol, entró la religión egipcia en un nuevo estadio: de la adoración del sér de la luz nació la mitología. La suerte y las transformaciones que sufren los cuerpos luminosos, las luchas que sostienen con las tinieblas, la influencia que ejercen sobre la tierra, son cosas que se procura comprender y concebir, y de ellas se forma una idea como si fueran acontecimientos terrenales. Ra recorre en la barca del sol el Océano celeste como el rey recorre el Nilo; ó camina por la bóveda de bronce que, como el techo de una casa, descansa sobre cuatro pilas tras y que fué construida por su hijo Schu, dios del aire; ó el sol ó la luna son los ojos brillantes de Horo. «El día del terror» ó sea durante un eclipse, Set penetró en la estrella de luz bajo la forma de un jabalí (1) y arrancó á Horo un pedazo de sus ojos, pero éste se defendió y mutiló á Set y Thoth, el dios lunar se apareció — ya hemos visto que ejerce su actividad durante la ausencia del sol — y remedió el mal «llenando el ojo de Horo,» de modo que quedó tan brillante como antes (2). Todas estas cosas no son, como se ha creído, poéticas descripciones naturales, sino tentativas formalmente emprendidas para explicarse la esencia del fenómeno enigmático de la naturaleza. Pero todas estas creencias míticas, apenas fijadas, comienzan á separarse del fundamento del cual han nacido y á desenvolverse por sí mismas ó á relacionarse con otras narraciones en su origen independientes. Así toda forma mítica engendra al padre y al abuelo.

Hay en Egipto dos puntos que ofrecen una serie de problemas, aun no resueltos, á los pensadores que buscan una explicación, á saber: la relación del sol respecto del cielo y la del recién nacido dios solar con el sol del día anterior. El cielo es una diosa luminosa que pare al sol en el horizonte y amamanta y cria al sol joven, en cuanto se levanta: cuando el dios brilla con fuerza y se entroniza victoriosamente en medio de la bóveda celeste, entonces ya no es el hijo de la diosa, sino su esposo que ha llegado á la plenitud de su fuerza viril y que procrea de ella un hijo que es el sol del día siguiente. De esta manera, el sol se divide en dos divinidades: el viejo dios del sol se hunde en el imperio de Occidente, en las tinieblas — sea que vencido por el poder de la oscuridad, Set, encuentre allí su muerte, sea que también allí, en el cielo de Occidente y en el espacio estrellado del infierno

(1) Por esto los egipcios mataban y destrozaban, durante el plenilunio, un cerdo para destruir al animal malo de Set (Plut., *De Is.*, 8. Libro de los muertos, 112, 6): para otros usos se consideraba impuro y estaba prohibido comerlo.

(2) Con esto se relacionan las nociones tan perfeccionadas en el Antiguo imperio del «ojo de Horo,» cuyo verdadero sentido se presenta muy confuso. «Ojo de Horo» llaman los textos religiosos á todos los objetos buenos y útiles que pueden ser utilizados para sacrificios.

(duat) (3) quiera brillar y reinar. A la mañana siguiente, ha nacido su hijo para ocupar su puesto y para dominar al mundo con su indomable fuerza.

Tal es el principal contenido de la antigua mitología egipcia, que ha ido variando indefinidamente, segun las ideas locales que le han servido de fundamento, á través de todas las épocas del desenvolvimiento egipcio. El joven hijo del sol es siempre y en todas partes Horo, unas veces concebido como niño (4), otras como hombre formado, ora como «vigoroso buey» que está en el cielo, ora como gavián volando. En cambio, el antecesor de Horo es unas veces Ra, otras el Tum de Heliópolis con quien se confundió antiguamente por completo, y otras el Osiris de Abydos. A su lado se desenvuelven divinidades puramente cosmogónicas, que nunca fueron mas extensamente veneradas: así, por ejemplo, Chepera y Cheperer (5), dioses en forma de un gran escarabajo

pelotero que hacen rodar delante de sí el huevo del sol y fecundan de este modo á Nut, diosa del cielo. El modo de ser del escarabajo, respecto del cual se creía que procreaba sin hembra, era considerado por los egipcios como en alto grado misterioso. De la propia manera había un gran número de diosas celestiales, en su mayor parte conocidas por nombres de significado especial, como Hathor, «la casa de Horo,» es decir, del sol (6), Ast (Isis), «el asiento» donde tiene su trono el dios-sol, Nebthat (Nephthys), «la señora de casa.» Hathor, la diosa de Dendera, es considerada ora como esposa de Horo, ora como madre del joven dios-sol, á quien amamanta. Isis es, en primer lugar, madre de Horo, y como tal esposa del anciano dios sol, Osiris (7). En especial es la diosa del horizonte oriental en el cual dió á luz á Horo: á su lado está Nephthys como diosa del horizonte oriental que ayuda á Isis en el cuidado del joven dios y á soportar la tristeza por la muerte del dios del antiguo sol, Osiris. Junto á estas figuras está la diosa del Océano celeste, Nut «de la cual sale Ra, y que da á luz á Ra todos los días» (Pir. Merenne, II, 7). Esta diosa no pertenece al culto religioso, sino que es una figura puramente mitológica: de ella ha salido un sér primitivo varon mas abstracto, Nunu (8), el dios de la primitiva agua celeste, de la cual han salido todas las cosas, es decir, del caos. En su origen es el padre de Ra, y por tanto «el dios mas primitivo,»

(3) En los textos de las pirámides se escribe que con ello se quiso indicar el cielo occidental lo demuestra, por ejemplo, la pirámide Merenne, *Revista egipcia*, 1881, tabla IV, 30-32, en donde el difunto está entre el «Horo del Este» y el «Horo del duat.»

(4) *Har chrad* pirámide Merenne, IV, 15), en el egipcio de posteriores tiempos *Harpchrad*, «Horo el niño,» en griego Harpócrates. Como niño lo representa la escritura jeroglífica con las

piernas paralizadas y chupándose un dedo y como Harpócrates está así representado; los griegos hicieron de él un dios del silencio.

(5) Pirámide Merenne, IV, 7.

(6) Debo rectificar mi antigua traducción de «casa alta.»

(7) Isis tiene una esfera de acción mas extensa que Osiris. «Horo, hijo de Isis» no es, por lo mismo, en todas partes, hijo de Osiris. No me ha sido dado encontrar un culto local originario de Isis ni de Nephthys.

(8) Otros pronuncian el nombre Nunu ó Nun. Fundándose en la

escritura (Pir. Merenne, II, 10) puedo creer que se pronuncia Nenu ó Nunu: los antiguos nombres masculinos egipcios termi-

nan con frecuencia en u. A su lado aparece un sér femenino (Pir. Merenne, II, 10) Nenu (Nenu?), que Brugsch ha identificado equivocadamente con Nun. A su lado, están, como pareja correlativa, en el paraje citado, Schu y Tefnut.

«el padre de todos los dioses» y de todos los séres: su importancia nace de ser el fundamento de todo lo existente y de haber creado el estado de cosas actual: es el padre de Ra y por eso la especulación cosmogónica encuentra en Nunu su principio y su fin.

Todas las diosas celestes pueden ser concebidas como vacas, ostentando entre sus cuernos el disco solar (1): «de sus muslos sale el joven dios:» además de las mencionadas, conocemos la gran vaca celeste que comunmente lleva el nombre de Mebturt, «el gran estanque de agua,» y esto demuestra que el origen de las divinidades no descansa en el mito, sino que éste se ha formado posteriormente, relacionándose con séres ya existentes. Hathor de Dendera es la divinidad tutelar de esta ciudad, encarnada en una vaca y convertida luego por los sacerdotes en diosa celeste y madre del sol; de la propia manera, Horo de Edfú era un dios gavilán mucho antes de que fuera dios sol (2). Estas divinidades se atrajeron posteriormente á otros séres afines, siendo concebidos todos los dioses solares como gavilanes y todas las diosas celestes como vacas.

Véase, pues, cómo bajo la influencia de las imágenes aquí explicadas, fueron desarrollándose multitud de complicadas é intrincadas figuras mitológicas, que, parte á consecuencia de diferencias locales, parte porque desde un principio contenían insolubles contradicciones internas, no pudieron nunca agruparse formando un solo sistema, á pesar de los muchos esfuerzos que para lograrlo hicieron los antiguos egipcios. Las ideas fundamentales, las raíces de las figuras míticas son remotísimas y proceden de ideas populares; pero su perfeccionamiento no se realizó, ó se realizó solo en parte «por la inconsciente creación del espíritu popular,» sino que fué mas bien obra de los sacerdotes de los diferentes lugares de culto. Para el labrador egipcio, la existencia de las divinidades de las cuales depende y cuya protección pide, es tan cierta como la suya propia, y no pregunta nada mas acerca de su modo de ser. El sol y la luna tienen una esfera de acción limitada, pero el dios vivo es para sus adoradores el todo en el todo. Con el desenvolvimiento de una civilización mas elevada se aumentó el afán de especular, de investigar el origen y la esencia de las cosas, siendo el mito la primera expresión incorrecta de este deseo. Para la veneración y la fe popular bastaba con que los dioses existiesen, pero ya se quería además saber lo qué eran y cómo eran, pues debían también significar algo y tener una esfera de poder especial como el sol y la luna. La especulación no es tarea del pueblo, sino de algunos hombres aptos para ello y á ello llamados, como son, sobre todo en el terreno religioso, los sacerdotes.

La divinidad cuyo culto estos dirigían era para ellos un sér poderoso y vigoroso; fué, pues, un paso muy natural igualarla directamente con el mayor de todos los poderes, con las divinidades del sol y del cielo que regían el mundo y consi-

(1) Por una mala inteligencia, los semitas, al adoptar la noción egipcia de las diosas, hicieron del disco encerrado entre los cuernos la luna con cuernos. Los modernos mitólogos han incurrido en igual error y consideran, sin ningun fundamento, á las grandes diosas como divinidades lunares.

(2) Una prueba mas de que esta ha sido la marcha seguida está en que desde tiempos muy remotos ha existido junto á la noción que hemos dado de Hathor otra distinta. A menudo se le llama «el ojo» ó «la pupila (maat) de Ra,» y es por lo mismo concebida como diosa solar: si desde un principio hubiese sido diosa celeste, este significado de su modo de ser no hubiera podido ser admitido. En los textos del templo de Dendera que datan de la época de los Tolomeos, la significación de Hathor como diosa solar ha sido la que mas ha preponderado. — Debo hacer notar que los nombres solares de estas divinidades no suelen necesariamente ser aquellos bajo los cuales se veneró originariamente á los séres del culto de Dendera, Edfú, etc.

derarla como su forma representativa. La proclamación del culto del sol como religion del imperio favoreció indudablemente este desarrollo, cuyos principios fueron muy anteriores, y por esto en la época de las pirámides encontramos en todo su apogeo la transformación de los dioses locales en séres de luz. La mas influyente de todas las ciudades era la del Bajo Egipto, Anu (Heliópolis, en el Antiguo Testamento On), situada á pocas leguas mas abajo de Menfis, en la orilla derecha del Nilo; y su dios Atumu, ó abreviadamente Tum, llegó á ser un dios solar entero y se confundió por completo con Ra formando un solo y único sér. Ra-Tum es la mas antigua fusión de dioses, la única que podemos observar en los textos religiosos de las pirámides. La doctrina de la omnipotencia del dios solar se desarrolló propiamente por vez primera allí: lo mismo que Ra, es Tum el creador y formador de todos los séres, el soberano reinante en el universo, que se sienta sobre el trono del mundo (3) y que lleva por esta razón constantemente en la cabeza la corona real. Las doctrinas de Heliópolis llegaron á prevalecer en todo el imperio; en todo tiempo encontramos los «círculos de dioses de Heliópolis» ó «las almas de Anu,» es decir los séres allí venerados que rodean á Tum-Ra; y las fiestas y ritos de la ciudad ejercieron decisiva influencia en la posterior formación de la religion egipcia.

Casi tan importante como la anterior fué la ciudad del Alto Egipto, Abydos (Abdu): su dios fué Osiris, en el cual las ideas antes desenvueltas encontraron la expresión mas vigorosa y característica. Osiris es el dios, no del sol que gobierna el mundo, y por tanto tampoco del joven sol, sino del que se sepulta en el reino de la muerte. Es hija del Océano celeste Nut y de la divinidad terrestre Qeb: cuando avanza poderoso por el cielo se casa con Isis (4). Pero sucumbió ante la malicia de su hermano Set, que le acechó y le mató ó, segun refiere Plutarco, le atrajo al ataúd; y el dios solar se hundió en el mundo sepulcral. Sin embargo, la soberanía de las tinieblas no es de duración, pues Isis da á luz á Horo, el joven dios-sol del día siguiente, el cual vence á Set en lucha sangrienta, le arrebató la soberanía y se sienta en el trono de su padre ó «arrebató la casa de su padre de manos de su tío Set y á la vista de Qeb» (5), que le da la bienvenida y le promete la herencia de Osiris. Por esto su nombre es constantemente «Horo, el vengador de su padre.» Ciertamente Set no queda completamente destruido, pues el poder de las tinieblas subsiste siempre y Set es un dios temido y muy venerado: por eso los dos adversarios se reconcilian dejando Horo á Set una parte de su soberanía. Una leyenda posterior refiere que cuando Set, vencido, yacía á los piés de Horo, Isis intercedió por él, diciendo que era su hermano: Horo incomodado, cortó la cabeza á su madre, siendo por Thoth sustituida con una cabeza de vaca que desde entonces lleva aquella diosa, la cual explica por qué la diosa celeste es representada en forma de vaca. Horo hizo que Osiris despertara á nueva vida, verificando con él todas las misteriosas prácticas de los entierros, y Osiris, alegre por el triunfo de su hijo, reina en paz actualmente en el reino de Occidente como dios extramundano «cuyo corazón está callado (no late).»


(3) «El trono de Ra-Tum,» por ejemplo. Pirámide Merenre, II, 2.
(4) Como el sol se une con el horizonte occidental, se refiere que Osiris cohabitó secretamente y por una mala inteligencia con Nephthys, de cuyo acto nació Anubis. Es altamente natural que Isis y Nephthys sean, lo propio que Set, hermanas de Osiris, y que Nephthys, diosa del cielo occidental, se presente como esposa del tenebroso Set. Como Set es hermano de Horo, ha de añadirse á estos hermanos un «Horo mas viejo» (Har-uer, Ἀρὸνῆις) que es tenido como dios local de Letópolis (Sechem).

(5) Pirámide Merenre, IV, 23.

En la naturaleza de todos los mitos está que vayan poco á poco perdiendo su importancia primitiva: desligados de los fenómenos naturales que debían explicarlos, se convirtieron en narraciones de sucesos que en remotos tiempos acontecieron. El mito se convirtió en historia sagrada de los dioses, acaecida en el principio de las cosas, mucho antes de aquellos tiempos en los lugares donde nacieron las leyendas y donde se estableció el culto de los dioses. En toda mitología se encuentra, y en la egipcia aparece ya perfeccionado desde el Antiguo imperio, este paso hácia lo que se llama *euhemerismo*, es decir, hácia esta transformación de las leyendas en sucesos históricos, que acaban por hacer considerar á los dioses como antiguos reyes y héroes sábios y poderosos. De aquí que los mitos sufran grandes transformaciones y se presenten adornados con detalles á ellos ajenos. Esto sucede con la leyenda de Osiris. Además de algun detalle que ya llevamos en parte referido, se le ha añadido el de que Horo y Set comparecieron ante el tribunal de los grandes dioses de los santuarios principales, entablando un solemne proceso: en la leyenda de Plutarco se dice que Set acusaba á Horo de ser bastardo; pero el dios lunar Thoth defendió á Horo y éste ganó el pleito.

Al culto de Osiris, como al de otras divinidades, iban unidas ciertas fiestas y ciertas prácticas que, en su origen, nacieron de la íntima relación con la naturaleza, pero que con el transcurso del tiempo fueron fiestas conmemorativas de la suerte del dios. La tristeza y la muerte del dios se celebraban con ruidosas fiestas, en las cuales se representaba el suceso pantomímicamente: así por ejemplo, dos muchachas, representando á Isis y á Nephthys, se lamentaban de la muerte del dios y llevaban á cabo, con auxilio de Anubis, el rito del enterramiento. Para ello había algunos textos formularios que contenían las palabras mágicas que en tal ocasión debían pronunciarse. Podía indicarse también el sitio en que el dios estaba enterrado. Pero todas estas eran cosas misteriosas: solo con temor se podía decir que el dios estaba realmente muerto y que reinaba en los abismos del reino de Occidente. Evitábase pronunciar el nombre del dios, y se prefería hablar de «el del Oeste» ó de «el gran dios.» Únicamente el que era puro y estaba para ello preparado por los sagrados ritos, podía llegar á saber estas cosas y era aceptado en el número de los «sabios:» el sentido de las prácticas constituía un misterio para la gran masa del pueblo. Así, pues, del mito nació el misterio, el cual no es, como con frecuencia se ha creído, una doctrina secreta enlazada con un símbolo significativo y compuesto de verdades especulativas ó morales, sino simplemente la historia de los destinos de la divinidad que constituye la clave de las prácticas solemnes por sí mismas incomprensibles y absurdas, y á la cual se agregan despues otras noticias sobre los nombres secretos de la divinidad, sobre sus funciones, etc. Con otros muchos dioses míticos encontramos enlazados, de la misma manera que con Osiris, algunos misterios que tratan de su nacimiento, de sus luchas y de su suerte: sabido es que en muchos pueblos de Oriente, y aun entre los griegos, se nos presenta repetidas veces este fenómeno.

La doctrina de Osiris con sus misterios se extendió extraordinariamente por el Egipto. La ciudad de Dedu, en el Bajo Egipto, es la que adoptó á Osiris de un modo tan completo que despues fué llamada «ciudad de Osiris» (*Per-Usar*, en griego Busiris) y pudo dispartar con éxito á Abydos la gloria de po-

seer la tumba del dios. La columna Ded , en ella venerada, fué declarada espina dorsal de Osiris y símbolo del dios. Osiris estuvo también en época temprana en la ciudad Dedet (Mendes) y el macho cabrío de este lugar fué declarado encarnación suya. Como se ve, la religion de Osiris hizo directamente gran propaganda de una manera muy distinta que el

culto de los demás dioses solares (1), y en tiempo de las pirámides estuvo á punto de ser patrimonio universal de todo el Egipto. Mas adelante veremos como una ampliación importantísima de esta doctrina fué la que le dió, si no el primero, el principal impulso para su propagación.

Iguales transformaciones experimentaron en su desarrollo otros muchos cultos locales; así los dioses-toros se convirtieron en dioses solares que, como «toros robustos,» fecundaron á la vaca celeste, y lo propio sucedió con los dioses ithyphallos de la procreación, como por ejemplo Amsi. Mas importante bajo el punto de vista mitológico es el dios Thoth (Dhuti) de Hermópolis, en forma de ibis, que se convirtió en dios lunar, quizás porque se creyó reconocer á ibis en las manchas de la luna. En los mitos de la lucha de Horo con Set, Thoth representa, como hemos visto, un papel muy importante, sobre todo porque se creyó que la luna era cómplice del oscurecimiento del sol. El dios de la luz no podía ser quien trajera las tinieblas, antes bien acude al sitio para auxiliar al dios que está en peligro. Por esto Thoth es el compañero y el auxiliar de los dioses solares, y junto al rey Ra se presenta en los antiguos textos como su visir. Además es, como la luna en tantos otros pueblos, el que mide el tiempo y el dios de toda medida y de todo orden; es el inventor de la escritura, el autor de los libros sagrados, el publicador de las doctrinas de los dioses, el esposo de Ma'at, la diosa del derecho.

Este rasgo general del desenvolvimiento de la religion egipcia que consiste en convertir á los dioses locales en dioses de luz, no existe, que sepamos, en un lugar, esto es, en la ciudad de Menfis, cuyos dioses son Ptah y Sokar. Este hecho es muy significativo. Las divinidades de las demás ciudades debían ser elevadas á la categoría de grandes potencias para poder ser veneradas; pero las de Menfis eran por sí mismas acreedoras á todos los honores por ser los dioses protectores de la corte: sus adoradores las consideraban como séres poderosísimos y despues fueron tratadas, segun la regla general, como divinidades solares, pero no tuvieron influencia alguna en el desenvolvimiento de la religion egipcia en general. En las inscripciones de la época de las pirámides encontramos los pasos progresivos de su culto, pero en cambio nunca vemos mencionados estos dioses en la literatura de aquella época y raras veces en las de épocas posteriores.

Era de imprescindible necesidad establecer cierto orden dentro del caos de ideas contrapuestas que se formó siguiendo el indicado camino, y fijar la esfera de poder de Ra, Horo, Osiris, Thoth y demás divinidades coexistentes. Para esto se formó una lista de dioses, cuyos datos principales fueron admitidos en todo el país y formaron en cierto modo la norma oficial de la doctrina religiosa, ó por mejor decir de la teología, salvas las prerogativas de las divinidades locales. Al frente del mundo de los dioses figura Ra, el hijo de Nunu, «del anciano,» el dios «que es mas grande que su generador y mas poderoso que su creador (2).» Con él comienza el actual período del mundo que él creó y formó, y delante de él se extiende el territorio en el cual pueden moverse las especulaciones cosmogónicas. Ra es la imagen primitiva de la monarquía, y por tanto el primer soberano que ha gobernado originariamente la tierra sosteniendo en ella sus luchas en las cuales ha destruido á los rebeldes (3). Véase como tam-

(1) Lieblein ha creído que su propagación fué debida á que el rey Menes y sus sucesores procedían del distrito de Thinis, al cual pertenecía también Abydos. No puede rechazarse en absoluto esta hipótesis.

(2) *Destr. des hommes*, línea 10.

(3) Segun la llamada «Leyenda de la destrucción de la raza humana,» estos son los hombres mas antiguos. Heliópolis es el lugar donde nació la leyenda ó donde, por lo menos, se fijó, y cuyas prácticas de fiestas ayuda esta leyenda á explicar. De ella están tomados los siguientes datos.